

RETRATO DE **ORSON WELLES**

UN CIUDADANO INMORTAL

Jeanne Moreau ha sido intérprete de los últimos tres films de Orson Welles, «El proceso», «Campanadas de medianoche» y «Una historia inmortal». Interviene en el documental que le dedican Reichenbach y Rossif, y ha actuado junto a él en un film de Richardson, «El marino de Gibraltar», al que pertenece la foto.





Realizador genial, intérprete de todas sus películas menos una, «El cuarto mandamiento», Orson Welles ha sido también actor en películas ajenas, generalmente en papeles truculentos, para los que ha gustado de utilizar espectaculares maquillajes.



FRANÇOIS Reichenbach y Frédéric Rosiff han realizado un documental, de una media hora de duración, que titulan simplemente «Portrait de Orson Welles» y en el que el autor de «Citizen Kane» aparece en distintos momentos de su actividad última, siendo interpelado ante las cámaras y exponiendo algunas de sus ideas sobre el cine y el mundo en el que le ha tocado vivir. Naturalmente, intentar aprisionar al

27 AÑOS 11 PELICULAS



1941, "CITIZEN KANE"



1942, "EL CUARTO MANDAMIENTO"



1946, "THE STRANGER"



1947, "LA DAMA DE SHANGHAI"



1947, "MACBETH"



1952, "OTELO"



1955, "MISTER ARKADIN"



1957, "SED DE MAL"



1962, "EL PROCESO"



1955, "CAMPANADAS DE MEDIANOCHE"



1968, "UNA HISTORIA INMORTAL"

Welles no ha sido un cineasta prolífico. Once películas en veintisiete años, sin contar los proyectos que, una vez comenzados, no llegó a terminar por injerencias extrañas, de «Estambul», finalizada por Norman Foster, a «It's all true», jamás acabada, pasando por el interrumpido «Don Quijote».



Veintiún años separan el primero y el último matrimonio de Orson Welles. Welles se casa con Virginia Nicholson. En 1943, a los veintiocho, con Rita.

hombre enorme que es Welles en unos minutos de película es imposible. Tampoco los realizadores lo han intentado. Por otra parte, si queremos saber cómo es Welles, el creador y el hombre, ningún vehículo mejor para ello que uno cualquiera de sus films, desde el legendario «Kane» al fabuloso «Historia inmortal», con el que se proyecta el «retrato» en cuestión. Orson Welles, como todo gran autor, ha ido repitiendo a lo largo de su obra una serie de datos sobre sí mismo, distintos pero complementarios y, lógicamente, evolucionando a la par que lo hacía el mundo. Pero, en última instancia, el Welles de sus comienzos y el de la actualidad no han dejado de ser el mismo, y la serenidad, la tristeza de 1968 no están tan lejos como pueda parecer de la rabiosa rebeldía de 1941. Desde su primer film, Welles ha sido, antes que nada, un clásico. Pero un clásico de nuestro tiempo.

Nacido en 1915, en Kenosha, Wisconsin, Welles es, desde su niñez, el auténtico «enfant terrible» que ya no es, pero con cuyo título parece que resulta cómodo seguir designándole. Intentar resumir su vida, tan rica en peripecias artísticas y humanas, en las breves líneas de un artículo, sería absurdo. Pero si hay que recordar ciertas fechas. La de su apasionante experiencia teatral en Irlanda, a los dieciséis años. La del premio recibido en Chicago por su montaje del «Julio César» shakespeariano a la misma edad. La de su debut en Nueva York al lado de Katherine Cornell, cuando no había cumplido los veinte. La creación de un «Macbeth» negro con el Federal Theatre. La fundación, con John Houseman, del Mercury. Y, especialmente, la ya mítica emisión basada en «La guerra de los mundos», de H. G. Wells, que consiguió aterrorizar a todo el país en 1938. «Si los veintitrés primeros años de Orson Welles

LAS TRES ESPOSAS DEL CIUDADANO WELLES



ambos con actrices que abandonaron el cine al contraerlo. Entre ambos se sitúa el celebrado con Rita Hayworth. En 1934, cuando tenía diecinueve años, in 1954, a los treinta y nueve, con Paola Mori. Cada una de sus tres esposas le daría una hija: Christopher, Rebeca, Beatrice, a la que vimos en «Campanadas...».

fueran contados en forma de novela, todos los críticos dignos de ese nombre rechazarían la historia como demasiado increíble», escribía el «Time Magazine». Y es cierto. Pero no es menos cierto que toda su historia —una historia inmortal— no lo es menos. Obsesionado por Shakespeare desde su más tierna infancia, hombre del Renacimiento sin dejar de serlo del siglo XX en todo lo que nuestra época tiene de más contradictorio, Welles es uno de los personajes más fabulosos que puedan imaginarse; y sin que pueda hablarse en su obra —en su obra cinematográfica— de autobiografía, lo cierto es que en todos los personajes por él interpretados en sus propios films hay algo de él mismo, un algo distanciado, sometido a crítica, con frecuencia implacable, visto a través de un prisma esclarecedor, contemplado con una enorme tristeza. Shakespeareanos son todos sus films, del primero al último, y

si sólo dos de ellos —«Otelo», «Macbeth»— están directamente inspirados en piezas concretas del poeta elizabethiano, mientras otro —«Campanadas de medianoche»— es un libre montaje de varias de ellas a través del personaje común de Falstaff, los demás nos dan una clarísima idea de lo que habría sido la obra del autor de «Cuento de invierno» si hubiera vivido en nuestros días. Renacentista en su filosofía de la vida, de un renacentismo puesto al día, consciente de sus propias contradicciones. Si Welles interpretó a César Borgia en un mediocre film ajeno, «El príncipe de los zorros», muchos de sus personajes en films propios no estuvieron muy lejos de aquél, de Quinlan —«Sed de mal»— a Arkadin...

Cineasta poco prolífico —sólo once films terminados en veintisiete años—, Welles, que, sin embargo, ha interpretado innumerables papeles, todos ellos truculentos y «enormes», en pe-

lículas ajenas, ha marcado como pocos realizadores la evolución del cine mundial. No se trata ya de la famosa «profundidad de campo», ni del pretendido barroquismo de sus imágenes, ni de los hallazgos técnicos que existen, indudablemente, en su obra. Se trata de algo más. Hoy, alcanzada la serenidad, olvidado el torturado lenguaje de «La dama de Shanghai», Welles sigue aportando al cine, en cada una de sus obras, tantas enseñanzas como en la época del estallido primero. Sin renegar de ella, sino, por el contrario, asumiéndola, recreándola a una nueva luz. Su primera experiencia con el color es tan reveladora como lo fuera su primer contacto con la cámara.

Welles cada día es capaz de ofrecer algo nuevo. De seguir siendo fiel a sí mismo, a su personaje y a sus personajes. De uno de ellos, del infecto Quinlan, decía Marlene Dietrich al final de «Sed de mal»: «Era

un canalla, pero era todo un hombre...». Esta «moraleja», doblemente ambigua, en cuanto que puesta en boca de una prostituta acabada que no tenía a su favor más que el haber sabido permanecer fiel a una amistad —algo fundamental en el espíritu de Welles—, podría servir para casi todos los tipos puestos en imágenes por el genial actor-director, que, convencido de que el mundo no tiene por qué pertenecer a los seres vulgares, anodinos, sin iniciativa, no por ello es menos consciente de que tampoco los que han conseguido apoderarse de él son mejores. Su visión pesimista de las cosas no le impide, sin embargo, afortunadamente, seguir adelante. Refiriéndolo a Welles, podría repetirse el brindis de «Mister Arkadin»: «A la salud de quienes, como Shakespeare, permanecen fieles a sí mismos sea cual sea su carácter». ■ CESAR SANTOS FONTENLA.